

ESPECTACULOS

MUSICA
CINE
TEATRO

JAZZ
BALLET
VARIEDADES

El violín de Guarnero

EL GORDO DE FIN DE AÑO. Humorada montevideana en tres actos, de Enrique Guarnero. Elenco, Cooperativa de Actores Rioplatenses. Puesta en escena y ambientación, Juan Vilar ("según instrucción telefónica del autor", aclara el programa). Escenografía y diseño de vestuario, Carlos Pieri. Intérpretes, Lidia de Lodrón, Alberto Carmona, Walter Berrutti, Mirtha Medeiros, Teresa Morales, Sara D'Ottone, Víctor Perlo, Dina Galdós, Artigas Modernell. Estrenada en el Odeón, viernes 15.

El gran pintor Ingres solía tocar el violín. Para no ser menos, Degas escribía sonetos y se ponía triste cuando un profesional (Mallarmé) le explicaba por qué no eran buenos. "Pero si se me ocurren tantas ideas", sostenía Degas. "Los sonetos se hacen con palabras, no con ideas", le retrucaba el maestro. En cuanto a Picasso, todo el mundo sabe que ha escrito una pieza de teatro (El deseo agarrado por la cola) en tanto que Chaplin complementa sus actividades de mimo y actor con la redacción de discursos que inserta en sus films sonoros. Esta actividad secundaria de un talento artístico que se ha destacado en otro principal no es perniciosa. Suele llamarse hobby o, tal vez, manía. Pero puede llegar a ser nociva cuando el talento se empeña en convertir esa actividad en algo más.

Nadie podrá negar que Enrique Guarnero es uno de los actores más destacados del Uruguay. Con una trayectoria ya larga, algunas creaciones memorables en su haber (bastaría recordar su *Tartufo* en la Comedia Nacional, su doble protagonista en *La pulga en la oreja*), Guarnero es un actor que tiene magnetismo, que tiene autoridad, que tiene una notable ductilidad. Lamentablemente, Enrique Guarnero también es o quiere ser un autor teatral. Como autor, carece por completo de las virtudes que lo destacan entre los mejores actores nacionales. Suele tener ideas para comedias pero no sabe cómo desarrollarlas; consigue ver un tema pero es incapaz de profundizar en él; imagina personajes pero los deja colgados en el aire; escribe diálogos pero no logra más que el chiste fácil, el retruécano o el disparate que no ayudan a situar a un personaje o hacer crecer la anécdota; tiene opiniones y hasta las emite pero suelen asumir la forma de frases hechas.

En esta obra, Guarnero imagina una situación cómica y deja que se le escurra de las manos. Había algunas posibilidades en el tema del billete de lotería premiado que nadie cobra y que un mucamo de casa rica (es 1931 y todavía hay mucamos en



las casas ricas) atribuye al dueño de casa, joven taciturno y seguramente loco. Como pretexto, el asunto daba para algo. También era aprovechable la situación social de la alta clase media uruguaya en vísperas del golpe de Estado de Terra. Pero aunque Guarnero descubre ambas cosas no sabe qué hacer con ellas. Se limita a inventar personajes que entran y salen, gritan o se desmayan, dicen chistes o se insultan, esgrimen revólveres o pasean perros de policía. Todo el asunto pretende alcanzar un tono de farsa pero sólo confundir agitación con acción.

La pobreza de ingenio se instala en la obra casi desde la primera réplica y allí prolifera. Es inútil que Guarnero invente una solterona cursi que se deleita con Gardel (rasgo anacrónico: en 1931 la clase alta no hacía caso de Gardel que sólo era un ídolo popular aunque ahora es además un snobismo de pitucos jóvenes); después que inventa la solterona no la utiliza. Es inútil que presente dos hermanitas que visten parecido, hablan a dúo y son intercambiables (derivan de Toby y Loby, de *La visita de la vieja dama*); tampoco serán utilizadas como personajes. Es inútil que introduzca un carnicero enriquecido (rasgo que parece más de hoy que de ayer); apenas le servirá para blanco de de una pistola que no se dispara.

Como la pistola, la pieza de Guarnero apunta y apunta, sin conseguir disparar. Al error de la obra se suma el de la dirección, atribuida al desconocido Juan Vilar pero obviamente inspirada por el autor. Aunque la pieza es de tipo costumbrista y deriva naturalmente del sainete criollo (menos acertada observación de tipos populares), el estilo impuesto resulta completamente erróneo. La dirección imprime un ritmo de farsa a lo Feydeau a lo que es una pieza estática, de chistes y situaciones servidas parsimoniosamente. El resultado es la incongruencia. A ella contribuyen los decorados de Carlos Pieri, ingeniosos y divertidos pero fuera de estilo y época. Como los trajes del mismo Pieri, sugieren el comienzo del siglo y no ese crepúsculo de los twenties en que quiso

Guarnero ambientar su obra. Tanto error anula el esfuerzo de un elenco que corre sin sentido, habla sin sentido y se afana sin sentido. En toda la noche hay una sola frase de comedia. Conviene apuntarla para ejemplo de cómo debió estar escrita toda la obra. "Este es un país corrompido", se queja un personaje. "No me lo toques", replica el carnicero enriquecido, chupándose simbólicamente los dedos. Pero una sola frase memorable no hace un verano.

E. R. M.